

Entre la pasión, la esperanza y los Estados Unidos

OSCAR JOSE RIVERA

1. INTRODUCCION

Centroamérica es noticia. Esta afirmación hace seis años hubiera sido profética; hace tres era apenas una novedad; hoy, sin embargo, es casi una pe-rogrullada. La región centroamericana está en crisis y los periódicos nos informan a diario sobre la violencia imperante en la región, sobre las distintas iniciativas políticas y diplomáticas para enfrentar la situación, sobre las diversas interpretaciones existentes en torno a la crisis existente. La velocidad con que transcurren las cosas en Centroamérica, la vorágine en que está sumergida la región apenas permite la descripción de los principales sucesos que en ella acaecen. Por ello este artículo pretende ofrecer un análisis, bien es cierto que sumario, de lo que ha ocurrido en Centroamérica en estos dos años pasados. Creemos que ello arrojará más luz sobre lo que está ocurriendo en los actuales momentos y nos dará perspectivas para ver hacia dónde se encamina la solución del conflicto.

Como marco de nuestro análisis partimos de la existencia de ciertas bipolaridades en los actores del conflicto y en las causas de éste. Ubicándonos geográficamente en la región, constatamos que son dos los focos principales de conflicto: El Salvador de una parte, Nicaragua de la otra. Los actores principales del conflicto son: de una parte, la administración Reagan; de la otra, el gobierno nicaragüense y los movimientos de liberación —principalmente el FMLN salvadoreño pero también la URNG guatemalteca—. Hay otras muchas fuerzas que inciden en la región cuyo rol es o bien el de implementar o colaborar a implementar la política estratégica de cualquiera de ambos actores o bien el de abrir espacio para una solución que no pase por la confrontación. Entre los primeros encontramos, del lado de Estados Unidos, a todos los gobiernos de la región —excluido el de Nicaragua—, a los ejércitos salvadoreño y hondureño y a las “fuerzas de tarea” de la contrarrevolución nicaragüense.

Del lado nicaragüense y revolucionario salvadoreño encontramos apoyos mucho más magros: la discreta pero innegable ayuda cubana y la difusa pero eficaz solidaridad internacional que se expresa en triunfos resonantes en la ONU, el apoyo económico para la causa del desarrollo en Nicaragua y para la de la liberación en El Salvador del bloque de los No Alineados con sus resoluciones de Managua y Nueva Delhi. Finalmente, están las fuerzas que buscan incidir en soluciones que no impliquen una conflagración regional y que buscan marcos de diálogo y negociación. Aquí se sitúan —con muy distintos motivos— la Internacional Socialista, el grupo de Contadora —con el reciente e importante apoyo de Brasil—, un creciente número de legisladores demócratas norteamericanos, mucho de la opinión pública internacional y particularmente norteamericana. Lo que es altamente significativo es el distinto aprecio que de las gestiones de estas fuerzas muestran, ambos actores. Pues mientras para Nicaragua y para el FMLN todas estas iniciativas son bienvenidas y el hecho de que se renueven periódicamente estos esfuerzos de paz es visto no sólo con simpatía sino como una gestión que favorece la causa de los pobres en Centroamérica, vale decir de sus pueblos, estas mismas gestiones son percibidas con glacial indiferencia cuando no con enconada hostilidad por parte de la administración norteamericana. Este hecho, no suficientemente destacado, expresa muy claramente quién busca y quién no la paz en Centroamérica.

El hecho recién apuntado ayuda mucho a visualizar las causas del conflicto en Centroamérica. Que el origen histórico de éste reside en la espantosa situación de miseria y desigualdad social presentes en el área parece bastante claro. El hecho de que el mismo gobierno norteamericano haya presionado y presione al salvadoreño para propiciar reformas como la agraria implica una confesión indirecta por parte de la administración Reagan de este aserto, si bien siempre se han negado confesarlo explí-

citamente. El hecho de que en su reciente discurso al Congreso norteamericano Reagan haya afirmado que la mayor parte de la ayuda norteamericana a la región no es de carácter militar sino con vistas al desarrollo económico y social, aunque dicho con propósitos distintos, abona también nuestra afirmación. Ahora bien, que éste sea el origen histórico no indica que sea la única causa de que Centroamérica se haya vuelto un polvorín. Si las iniciativas de diálogo, de negociación y de paz que se han hecho de muy distintos modos y por distintas fuerzas a lo largo de estos dos últimos años hubieran encontrado un mínimo eco en la administración norteamericana y en sus aliados locales, el grado de tensión y de violencia prevaleciente hoy en Centroamérica sería mucho menor. De modo que hoy no dudamos en afirmar que la principal causa de la situación vigente en Centroamérica tiene que ver con la estrategia diseñada por la administración Reagan e implementada con variaciones tácticas a lo largo de estos dos años y medio. Esa estrategia fue ya formulada por Reagan en su campaña electoral y se reduce, para decirlo en dos palabras, a la derrota del movimiento revolucionario salvadoreño —y a fortiori del guatemalteco— y al derrocamiento del gobierno nicaragüense. La implementación de esta estrategia ha requerido de periódicos ajustes tácticos ante la insuficiencia del planteamiento anterior. De ahí que dentro de la única estrategia podemos definir dos etapas (tiempos tácticos) claramente delimitados mientras que en los actuales momentos asistimos a un momento de transición que preanuncia ya cuál sea el tercer tiempo táctico.

2. EL PRIMER TIEMPO TACTICO (Enero 1981 - Abril 1982)

En esta primera etapa la prioridad escogida por la administración Reagan será “la normalización” de El Salvador tanto para evitar un nuevo triunfo guerrillero en la región cuanto porque el costo político de esta alternativa será menor que el del derrocamiento de la

Nicaragua sandinista. Esta "normalización" deberá significar la derrota del movimiento guerrillero salvadoreño, la institucionalización de una democracia restringida —al estilo de la de Honduras— y el previsible efecto demostrativo de cara tanto a la insurgencia guatemalteca como al gobierno nicaragüense. Paralelamente se iniciarían actividades de hostigamiento buscando la desestabilización en Nicaragua. Cuando se tuviesen las manos libres con respecto a El Salvador, se podría, en un segundo momento, volcar los esfuerzos desestabilizadores hacia Nicaragua. Ello devolvería al régimen norteamericano su control absoluto sobre un área que juzgan estratégica en términos geopolíticos mostrando a la vez el resurgimiento imperial.

Sin embargo, en abril de 1982, tras quince meses de administración, los resultados obtenidos en El Salvador se revelan muy escasos. Ni la derrota militar del FMLN ni la legitimación política de la Democracia Cristiana por la vía electoral han sido logradas. La guerrilla, tras unos meses de estancamiento, comienza a mostrar la iniciativa en el terreno militar ya en julio del 81 y para diciembre de ese año su capacidad de golpeo ha subido mucho, si bien es cierto que en la coyuntura electoral pierde algo de terreno, más por errores propios que por triunfos tácticos del adversario. Por otro lado, las elecciones otorgan la victoria a una coalición ultraderechista en detrimento de la democracia cristiana, con lo que no sólo no se consigue la legitimación demócrata-cristiana sino que se le abre la escena política a las hondas pugnas existentes entre los distintos grupos del bloque en el poder.

En Guatemala, los planes iniciales tienen que sufrir alteraciones. El Senado no filtra toda la ayuda pensada por la administración y la cordedad de Romeo Lucas le impide flexibilizar su posición para hacerle las cosas más fáciles a la administración norteamericana. Internamente la situación se agudiza por la represión (mil asesinatos por mes a lo largo de 1981) y sobre todo porque el dinero destinado a la guerra es esquilimado antes de llegar a su destino final para engrosar los bolsillos de una camarilla militar. La guerrilla está en constante aumento a lo largo del 81; más y más sectores moderados se sienten incómodos ante la torpe política gubernamental; los llamados discretos de Washington caen en el vacío. Finalmente las elecciones de marzo del 82 generan un fraude descarado. Unos días después el golpe de Estado de Ríos Montt abre un

reacomodo en el bloque de poder. Pero Reagan ha perdido mientras tanto un tiempo precioso.

Nicaragua entre tanto era acusada de ser puente de abastecimiento para la guerrilla salvadoreña. Tras esta acusación se escondía el designio de fondo: el derrocamiento del gobierno revolucionario. Para ello se atacó a Nicaragua política, económica y militarmente. Políticamente, a través de acciones diplomáticas —misiones Walters a Eagleberger—, de apoyo a los grupos antisandinistas (no armados, y por tanto legales en Nicaragua) y de respaldo a los sectores conservadores de las Iglesias, Económicamente, a través del uso de mecanismos estructurales de presión financiera (en los organismos internacionales), tecnológica y comercial, más el impulso de sabotajes a la producción e infraestructura del país. Militarmente, a través de la existencia de campos militares de entrenamiento en Florida y California, del entrenamiento de compañías militares de somocistas en Panamá, del apoyo a las bandas somocistas con base en Honduras, del fortalecimiento del ejército hondureño, del cerco electrónico tendido por el Comando Sur, de las violaciones repetidas del espacio aéreo nicaragüense, la autorización de 19 millones de dólares para ayudas encubiertas a la CIA. Frente a esta ofensiva, Nicaragua se movilizó en la coyuntura crítica de marzo-abril del 82, alerta a sus tropas, se intensifica la vigilancia. En el plano internacional la propuesta de paz de López Portillo en Managua en febrero es respaldada por la Internacional Socialista y, lo que es más grave para Washington, por 106 legisladores norteamericanos. Fue un primer golpe. La ofensiva publicitaria montada por Haig para atacar a Nicaragua resultó un gran fiasco —fotos de Le Figaro, con pretendida represión sandinista que resultó ser somocista y el affaire Tardencillas, que en conferencia de prensa en Washington desmiente la ingerencia nicaragüense en El Salvador cuando fue llevado a ella desde El Salvador en donde estaba preso a condición de declarar exactamente lo contrario de lo que finalmente dijo—. La victoria de las tesis anti-intervencionistas en el Consejo de Seguridad de la ONU por 12 votos a favor, dos abstenciones y sólo Estados Unidos en contra fue un tercer golpe. Finalmente, el estallido del conflicto de las Malvinas resultó la puntilla que cerró este primer tiempo táctico. Se imponía por parte de Estados Unidos un cambio en su política centroamericana. Dado que las alternativas de negociación

las descartaba la administración Reagan a priori, se necesitaba rediseñar la estrategia. La transición del primer tiempo táctico al segundo vendrá dada por las consecuencias más inmediatas de la guerra de las Malvinas: agudización de la inoperatividad de la OEA, pérdida para Estados Unidos de un aliado capaz de hacerle trabajos sucios en Centroamérica (la Argentina de Galtieri) y pérdida del apoyo diplomático venezolano. La transición culmina con el cambio de Haig por Schulz.

3. EL SEGUNDO TIEMPO TACTICO (Abril 1982 - Abril 1983)

Ante el mantenimiento y el fortalecimiento de la guerrilla salvadoreña, la administración Reagan decide en Abril del 82 un cambio en su perspectiva global de la región. En el fondo la causa de este fortalecimiento lo entiende Washington como producto de la ayuda nicaragüense a la insurgencia mucho más que como fruto de unas condiciones objetivas vigentes en El Salvador. De ahí que el nuevo plan coloca como prioridad la desestabilización de Nicaragua. Con ello los papeles se invertían: en vez de acabar con el FMLN y la URNG mientras se debilitaba al FSLN para después derrocarlos, se buscaría acabar con el FSLN mientras se debilitaba al FMLN y URNG para después destruirlos.

El nuevo plan significaba que las tareas prioritarias en la región serían: a) convertir a las bandas somocistas, situadas en territorio hondureño y que hasta ese momento habían mostrado una baja capacidad operativa, en un auténtico ejército contrarrevolucionario; b) fortalecer a Honduras con vistas a convertirla en una especie de Israel centroamericano; c) articular a todas las fuerzas opositoras al régimen sandinista dentro de un único frente político y trabajando en conjunción con el ejército contrarrevolucionario a crearse; d) con respecto a El Salvador, sostener la situación a la vez que se esperaba que el corte del supuesto grifo nicaragüense debilitaría automáticamente al FMLN; e) desatar la ofensiva militar del ejército contrarrevolucionario contra Nicaragua asegurándole apoyo logístico y una retaguardia segura; f) esperar que este ataque genere apoyo de parte de la población descontenta, para finalmente lograr la "liberación" de un territorio en el que una Junta provisional rápidamente reconocida pueda emerger y esperar apoyo a lo que entonces ya sería gobierno constituido.



Sin embargo, tampoco en este segundo tiempo táctico las cosas han funcionado como la estrategia que Reagan esperaba. Pero veamos en primer lugar los logros efectivamente alcanzados. Las bandas somocistas, sin aumentos cuantitativos sustanciales desde hace un año, sí han logrado una multiplicación cualitativa en su capacidad operativa bélica como respuesta al masivo apoyo en armamento, entrenamiento y diseño de una campaña militar contrarrevolucionaria. Las agresiones realizadas contra Nicaragua también se han multiplicado. Tomando como índice 100 el número de bajas promedio por mes —civiles o militares— a partir de ataques somocistas en el periodo enero 81-abril 82, veremos que en el período abril-septiembre 82 el índice sube a 400 y en el período septiembre 82-enero 83 sube a 1.600. El fortalecimiento del ejército hondureño también se ha logrado tanto en base al directo apoyo norteamericano como a la colaboración de Israel. No es de extrañar que, si Honduras funciona como sede de su propio ejército —lo cual es normal— y como retaguardia táctica del ejército contrarrevolucionario somocista —la retaguardia estratégica de éste está constituida por el apoyo norteamericano—, sea entonces la embajada norteamericana en Tegucigalpa el centro principal de operaciones de la CIA en la región. A las acciones, dirigidas por Estados Unidos pero perpetradas por el ejército contrarrevolucionario somocista en primer lugar y por el ejército hondureño en segundo lugar, hay que añadir las acciones de amedrentamiento y control realizadas directamente por Estados Unidos: aumento en los vuelos militares de espionaje, presencia constante de barcos norteamericanos en aguas territoriales nicaragüenses y maniobras conjuntas norteamericano-hondureñas. Ese conjunto de actividades

militares ha sido definido por "The Times" como "la más ambiciosa operación de acción militar y política que ha montado la Agencia Central de Inteligencia en casi una década".

Las dificultades en la implementación del plan han sido, no obstante, más severas de lo pensado originalmente. Para empezar, no se ha logrado una cohesión al interior de las fuerzas contrarrevolucionarias. Ni el Frente Democrático Nicaragüense —los somocistas— se ha logrado poner de acuerdo con ARDE —Robelo y Edén Pastora— ni siquiera ha logrado el FDN una cohesión interna suficiente. Los personalismos y las luchas de poder lo impiden. El grupo miskito, también dividido, no coincide en sus aspiraciones con las demás fuerzas contrarrevolucionarias. Por otro lado la actuación de las fuerzas del FDN en sus incursiones en territorio nicaragüense ha buscado aterrorizar a la población civil pero no ha logrado granjearse el apoyo de la población. Los desmanes de estos mismos personajes hace apenas cuatro años están demasiado frescos en la memoria colectiva nicaragüense como para que resulte increíble que ahora, que utilizan las mismas tácticas terroristas, estén siendo combatientes de la libertad y, como afirmó cínicamente Reagan ante el Congreso, la expresión de "la ira de su propio pueblo". Por otro lado, sus ataques han sido particularmente eficaces en acciones contra la población civil pero no así en enfrentamientos con el ejército sandinista. En ese sentido no han logrado ninguno de sus objetivos militares: ocupación de ciudades, destrucción de cuarteles, etc. Y han pagado una cuota de sangre alta en sus incursiones: más de 500 muertos hasta el momento.

El ejército hondureño, aunque fortalecido y ampliado, ofrece severas dudas en cuanto a su capacidad operativa

a la hora de una conflagración abierta. Expertos militares norteamericanos así lo han reconocido.

A esto hay que añadir que la ofensiva diplomática montada por el departamento de Estado no ha arrojado resultados particularmente brillantes. El foro de la paz, auspiciado por Enders y en el que se involucraron los gobiernos de la región con excepción del nicaragüense además de Dominicana y Colombia, entró rápidamente en crisis tanto por la oposición de la Internacional Socialista a él como porque al poco tiempo tanto Dominicana como Colombia —que ahora lideriza al grupo Contadora— lo abandonaron dejando entonces en él únicamente a Estados Unidos y a sus comparsas. En este contexto, y para colmo de males de la administración norteamericana, Nicaragua obtuvo resonantes triunfos internacionales, el más destacado de los cuales fue su elección por 104 votos al Consejo de Seguridad.

Y para acabar de rematar la situación, El Salvador no ha evolucionado como Estados Unidos esperaba. El presunto debilitamiento del movimiento revolucionario salvadoreño a partir del acoso a Nicaragua, que es, según Reagan, la principal causante de su fortaleza, no sólo no sucedió sino que desde la segunda mitad del 82 ha entrado en ofensiva casi permanente. Las campañas guerrilleras de octubre 82 y enero y marzo 83 han resultado no sólo en sonadas victorias sino que han significado la ruptura del balance estratégico de la guerra, han puesto al ejército salvadoreño contra las cuerdas y ha supuesto un descenso vertical en la moral de la tropa. Ello ha significado que, para poder mantener la situación, Estados Unidos ha tenido que incrementar y multiplicar su ayuda al ejército salvadoreño y concederle cuotas crecientes de poder a la ultraderecha —el reciente cambio del ministro de la

defensa es un signo de ello—. En El Salvador la política estadounidense ha pasado en el curso de dos años, de buscar el aniquilamiento de la guerrilla como objetivo prioritario, a evitar la derrota del ejército gubernamental.

Por su parte, la situación en Guatemala, si no tan grave en términos de preocupar a la administración norteamericana, no es buena tampoco. Ríos Montt ha mostrado ser algo más dócil a los dictados de Washington que su predecesor y ha logrado contener y aplazar a las fuerzas de la URNG y ha hecho que la corrupción descienda, pero su atávico protestantismo, su política de fusilamientos y el que mantenga la represión a niveles similares a los de Romeo Lucas, no permite albergar muchas esperanzas sobre la normalización que pretende haber logrado en Guatemala.

Ante este conjunto de hechos daría la impresión de que el crecimiento en los ataques somocistas a Nicaragua —los reales y los simplemente publicitarios— y el discurso de Reagan ante el Congreso —hábilmente patético y descaradamente cínico— están marcando la transición hacia un nuevo momento táctico dentro de la misma estrategia norteamericana. Toca ver ahora cuáles parecen ser los principales elementos de este nuevo tiempo táctico.

4. EL TERCER TIEMPO TACTICO (Abril 1983 -)

Si el primer tiempo lo pudimos caracterizar como de atención prioritaria a El Salvador y el segundo como de atención prioritaria a Nicaragua, nuestra hipótesis es que el elemento central del tercer tiempo táctico viene dado por el esfuerzo de articulación de ambas problemáticas en un solo "paquete regional".

Reagan se encuentra con crecientes dificultades para lograr la aprobación de créditos destinados a El Salvador. La oposición demócrata y la opinión pública tiene miedo del fantasma "Vietnam", no ve progresos apreciables ni en el terreno militar ni en el de la promoción de derechos humanos, sabe que muchos de los fondos votados para El Salvador no llegan a su destino final y, por último, comienzan a considerar a la guerrilla salvadoreña como demasiado fuerte para poder ser derrotada por los caminos hasta ahora usados y como un interlocutor político tal vez indeseable pero inevitable. De ahí la reticencia al otorgamiento de más fondos, de ahí las cada vez más numerosas voces partidarias dentro de Estados Unidos del

diálogo, de ahí la necesidad en que se ha visto Reagan de usar un medio tan poco frecuente como la comparecencia ante el Congreso. Ello revela tanto el carácter estratégico que la administración le ve al problema, las dificultades que tienen para implementarlo y para hacerlo creíble domésticamente así como la determinación en no cejar en su estrategia.

A nivel salvadoreño las crecientes pugnas dentro del ejército sobre el cómo hay que llevar la guerra así como el escepticismo cada vez mayor que la clase política "moderada" tiene con respecto a los planes norteamericanos —Duarte habla ya de la necesidad del diálogo aunque todavía en términos tímidos y el mismo Magaña ha reconocido esto en privado— vuelven cada vez más difícil sostener una moral de victoria. La famosa frase de Kissinger con respecto a Vietnam pronunciada en 1968 parece pertinente repetirla en este contexto: "las guerrillas pueden contar con ganar si se las arreglan para no perder mientras que Saigón puede contar con perder si no gana arrolladoramente".

Y aunque las muertes de Cayetano Carpio y de Mélida Anaya en circunstancias aún no suficientemente esclarecidas son, sin duda, un golpe fuerte para la guerrilla, la ofensiva que ésta tiene montada en estos momentos no permite la conclusión de que ésta haya quedado sin rumbo por la muerte de dos de sus principales líderes.

En este contexto, la ofensiva del ejército contrarrevolucionario contra Nicaragua —y su magnificación por la prensa— cumple variados designios. Sirve hasta cierto punto como cortina de humo con respecto a la situación de El Salvador. Pero mucho más que eso, justo en el momento en que la situación salvadoreña parece significar un "fracaso" para la administración Reagan, esta estrategia busca fundamentalmente dar la imagen de Nicaragua como un país dividido, convulsionado por una guerra civil, con el gobierno descontrolado y el FSLN debilitado. ¿No hay entonces similitudes muy profundas entre la "imagen" de Nicaragua y la realidad de El Salvador?

Nicaragua y El Salvador y Centroamérica por extensión (¡la cuarta frontera de los Estados Unidos!) aparecerían como realidades convulsionadas por problemas de fondo similares. Proyectos y modelos tan diferentes como El Salvador de D. Abuisson y la Nicaragua sandinista quedarían unificados, reducidos a un mismo conflicto. Si

guiendo esta lógica donde a problemas iguales le corresponden soluciones iguales, Nicaragua y El Salvador entrarían a formar un solo "paquete regional". Ello reduciría el costo político de soluciones extremas. No es lo mismo tener que intervenir en El Salvador o en Nicaragua que hacerlo en Centroamérica actuando simultáneamente en ambos lados. Pero aun sin llegar a ese extremo, en absoluto descartable, la unificación de problemática —ya claramente visible en el discurso al Congreso— permite la implementación de una política —anunciada ya en ese mismo discurso— en pro de lograr una paz regional. Para Nicaragua esto podría llegar a significar el que se le exija el adelanto de elecciones, negociaciones regionales en un marco político adverso (OEA o Comunidad Democrática Centroamericana), que se le imponga diálogo con la oposición, vale decir, con los somocistas. Esta estrategia, caso de tener éxito, posibilitaría concesiones de diálogo en El Salvador pero a condición de hacer pasar a Nicaragua por las horcas caudinas de la OEA o de la Comunidad Democrática Centroamericana. Sería una solución en la que sólo Estados Unidos tendría peso decisivo. Todas las fuerzas que hasta ahora han intentado posibilitar soluciones de diálogo quedarían al margen.

Pero, además de la alternativa de intervención directa y de la de imposición de una negociación global, cabe una tercer alternativa, intermedia, que vendría dada por una confrontación Honduras-Nicaragua. Si los somocistas, que están hoy dentro de territorio nicaraguense, son abastecidos por aire desde Honduras, la posibilidad de choques y de surgimiento de hostilidades graves es grande. Esta confrontación podría ser el otro punto de partida para la regionalización de un conflicto que conduzca finalmente a una solución global.

Esta parecería ser la propuesta en este momento. La estrategia sigue siendo la original: derrocamiento del sandinismo en Nicaragua y acabamiento de la insurgencia en El Salvador y Guatemala. Los dos primeros momentos no fueron de demasiado éxito para Estados Unidos. ¿Cómo resultará este tercero? Un dato no desdeñable es que Reagan está ya a mediados de su tercer año. Ello significa que dentro de seis meses como máximo la campaña electoral ganará creciente espacio en la escena política norteamericana y la administración tendrá que mirar cada vez más las consecuencias electorales de su política exterior. El tiempo, a partir de ese momento, trabaja en su contra. De ahí que el próximo semestre sea decisivo.